



Autor: **Rocío Gómez Llopis**

Obra: *El soñador*

Todo el mundo tiene algo, por pequeño que sea, que le hace único. Ya sea un lunar con forma de corazón, una voz con tinte de sirena o un bigote ridículamente grande y feo, siempre hay un "algo" que marca la diferencia. Extraño. Especial.

Y en el caso de él, su "algo" era poder atrapar los sueños.

Lo había hecho desde que tenía uso de razón, aunque todavía no sabía muy bien cómo. Soñaba historias maravillosas, de esas que aparecen en los libros con ilustraciones en acuarelas, porque las palabras no son capaces de captarlas del todo: con dragones recubiertos de escamas de plata, y cielos de mil colores, y princesas de melenas larguísimas que el viento agita desde su torre. Soñaba todo eso y al despertar no solo no lo olvidaba sino que incluso a veces, sin querer, se llevaba algún objeto soñado: un anillo que reflejaba todo el arcoíris, una cinta de pelo tejida con la crin de un unicornio... No se despertaba con ellas al lado, por supuesto; ¡y si se hubiese traído al dragón de escamas de plata? Le habría aplastado, sin duda alguna, y él se apreciaba mucho tal y como ya estaba, gracias. Pero a lo largo del día encontraba los objetos de los sueños debajo de un taburete, o enganchados en un rama; y eran tan maravillosos, tan mágicos y fuera de este mundo que no tenía ninguna duda de que debían proceder de allí, porque en la tierra normal no se creaban esas cosas.

A veces, el soñador se lo preguntaba. Si ella habría sido soñada, quiero decir. Porque si sus pequeños tesoros no se creaban en la tierra normal, las chicas como esa ya eran tan escasas como gotas de lluvia en un desierto. Puede que hubiese otro soñador (él no recordaba haberla visto en uno de sus sueños y estaba seguro de que, de haberlo hecho, no lo habría olvidado nunca), que hubiese dado vida a la chica más guapa del mundo. Que hubiese imaginado sus ojos brillantes, su pelo de seda y su sonrisa confeccionada con la luz de las estrellas y, como toque final a su obra maestra, hubiese llevado toda esa perfección a su mundo lleno de polvo y arena. En tal caso, el soñador esperaba encontrarle algún día para agradecersele, porque nunca jamás sería capaz de encontrar o de crear un ser tan divino como ella.

El "algo" que hacía especial a la chica más guapa del mundo era, como no podía ocurrir de otra manera, ser la chica más guapa del mundo. Pero no sólo por sus ojos brillantes, o su pelo de seda, o su sonrisa confeccionada con la luz de las estrellas, aunque al soñador le bastase verla para que su cuerpo se llenase de aire, ligero como una pluma mecida por el viento. No: la chica más guapa del mundo era la chica más guapa del mundo porque su sola presencia ya hacía

Premio Rozasjoven

XVI Certamen de relato corto Rozasjoven 2018

sentirse mejor a los demás. Porque su risa escandalosa era tan contagiosa que casi parecía un constipado, y porque cuando escuchaba (y siempre escuchaba a todo el que le hablaba) abría muchísimo sus ojos brillantes y balanceaba la cabeza arriba y abajo, haciéndote sentir la persona más importante del planeta. De hecho, había sido hablando cuando el soñador había sentido por vez primera esa liviandad en su alma; y no fue hasta que se marchó y el peso del mundo cayó de nuevo sobre sus hombros que se dio cuenta: se había enamorado de ella.

Por supuesto, para eso tuvo que pasar mucho tiempo. La chica más guapa del mundo y el soñador llevaban intercambiando palabras tantos años que parecía que llevasen haciéndolo toda la vida. Y es que otra de las cosas maravillosas de la chica más guapa del mundo era lo encantadoramente humana que resultaba pese a ser tan perfecta, con lo que compartía algo con todos los demás seres del mundo: su familia y ella tenían que comer. Y como el soñador, además de soñador, era aprendiz de panadero, no hizo falta mucha magia ni muchos sueños para que el destino quisiera que se encontraran. Al principio, las palabras que intercambiaban eran sólo eso: palabras. "Aprendiz, ¿me podrías dar un poco de pan?" preguntaba ella, mirándole con esos ojos brillantes y atentos. "Claro." Respondía él. Y después de dar uno el pan y la otra las monedas, ella se iba.

Pero las palabras fueron pasando a ser algo más que palabras. O fueron más palabras. O palabras con más importancia, qué más da. Y entonces ella preguntaba: "Aprendiz, ¿me podrías dar un poco de pan?" "Claro." Respondía él. "¿Y me podrías dar también una historia?" Porque a la chica más guapa del mundo le encantaban las historias. "Claro." Volvía a responder él. Y le contaba su último sueño, con todas las palabras bonitas que conocía pero que, como sus sueños eran propios de libros con ilustraciones en acuarela, siempre le parecían quedarse cortas. Por eso, aunque la chica más guapa del mundo le escuchaba igualmente encantada, balanceando muy levemente su cabeza arriba y abajo, el soñador acabó por obrar un buen día su magia. No supo muy bien cuál fue el desencadenante que hizo aquella mañana especial, diferente de todas las demás mañanas, pero cuando se despertó y salió a la calle, notó que algo no era como siempre. Que había una nota de color que no estaba allí antes. Y más adelante, al pasar frente a un viejo parterre de flores, seco desde que él había empezado a soñar, encontró su objeto fantástico. Absorbiendo el color de la belleza en cada pétalo sedoso, desprendiendo la sutil fragancia del amor cuando uno acercaba suficientemente la nariz, al verla el soñador no tuvo duda de su origen. Y con mucho cuidado y mimo, tratando de no dañar la delicada flor soñada, el soñador la sacó del parterre y la trasplantó para poder llevarla consigo.

Ese día, cuando la chica más guapa del mundo llegó a la panadería, se llevó un poco de pan, una flor, una historia y dos secretos. Y cuando al día siguiente volvió, su sonrisa pareció haber capturado la luz de una estrella más.

Al evocar su imagen, el soñador trataba siempre que esta se correspondiese con aquel día, con la flor soñada en sus manos pequeñas y los ojos tan, tan brillantes que se podía ver cómo saltaban chispitas diminutísimas si se prestaba atención. En ese momento, la chica más guapa del mundo parecía tan feliz que al soñador no podían por menos que entrarle ganas de brincar, y saltar, y de contarle más y más historias. Viéndola tan contenta, pareció incluso que encontraba más palabras bonitas para narrar sus fantasías, que podía pintar con su voz las ilustraciones de acuarela, que no había límite alguno para que los dos, juntos en sus breves encuentros, pudiesen cumplir, literalmente, todos los sueños que se propusiesen... Hasta que llegó el Día.

El Día tuvo lugar poco más de un año después de que la chica más guapa del mundo saliese de la panadería con un poco de pan, una flor, una historia y dos secretos. Y hasta el soñador, que pensaba que los nombres estaban sobrevalorados y por eso nunca había tratado de identificarse con uno, tuvo que reconocer que aquel día merecía un nombre propio. Merecía ser el Día.

La primera razón por la que el Día mereció su nombre fue, como la primera razón de todo lo demás, la chica más guapa del mundo. Bueno, no fue ella, exactamente. Más bien fue su cara, rota por el llanto y bañada en lágrimas brillantes.

Porque la chica más guapa del mundo nunca, jamás, había llorado. Pese a que el corazón del soñador se rompió un poquito al verla, al principio hicieron como si no pasara nada. "Aprendiz, ¿me podría dar un poco de pan?" Preguntó.

Aunque su voz tembló ligeramente cuando lo hizo.

"Claro." Respondió el soñador.

Y entonces tuvo lugar la segunda razón por la que el Día mereció un nombre propio.

La chica más guapa del mundo no pidió una historia. No. Pidió que le soñasen unas alas para salir de allí.

El soñador tardó un segundo en reaccionar; desde el día en que se llevó sus dos secretos, la chica más guapa del mundo no había demandado un solo objeto soñado: ni la cinta de crin de unicornio, ni el anillo que reflejaba el arcoíris, ni siquiera había necesitado verlos. Pero como para entonces el soñador ya estaba tan perdidamente enamorado que la habría seguido al fin del mundo, le aseguró que haría lo imposible por traerle sus alas. No fue fácil. Para empezar, el soñador nunca había capturado un objeto de sus sueños por encargo, y unas alas no eran precisamente sencillas. El soñador quería que fuesen tan preciosas como la chica más guapa del mundo, que susurraran la canción de la libertad al batirse, que, al ponérselas, pesaran menos que el aire y ella pudiese sentir la brisa en su cara. Y trató, noche tras noche, que sus sueños reflejasen todas esas sensaciones y le permitiesen fabricar las alas mágicas, sin lograr su objetivo. Mientras tanto, por las mañanas, la chica más guapa del mundo seguía viniendo a pedir su pan y su historia, como si nada hubiese pasado; sin embargo, cada vez que leía en los ojos del soñador su fracaso, sus hombros se hundían un milímetro, casi imperceptible.

Así que el soñador empezó a soñar de día. Todas las horas que no dedicaba a sus encuentros con la chica más guapa del mundo, comenzó a dedicarlas a crear el sueño que la llevaría lejos de allí, de su mundo lleno de polvo y arena...

Y las alas de la chica más guapa del mundo llegaron un par de meses más tarde en forma rectangular, con letras impresas en tinta negra y una banda que, igual que el anillo soñado, reflejaba todos los colores del arcoíris. Cuando ella las vio, sus ojos brillantes se hicieron más brillantes que nunca, y su sonrisa recuperó todas las estrellas que había perdido desde el Día...

Durante un instante.

Porque después, la chica más guapa del mundo se dio cuenta de que sus alas sólo eran para una persona.

Si soñar unas alas era difícil, soñar dos ya resultaba imposible. El soñador lo había sabido desde el principio, igual que había sabido que la chica más guapa del mundo no aceptaría su regalo si él no estaba incluido. Pero a esas alturas, eso no le importaba; tan solo deseaba que sus hombros no se hundiesen ni un milímetro más, que su mirada fuese tan bonita como lo había sido el primer día... Que la chica más guapa del mundo siguiese siendo para siempre la chica más guapa del mundo.

No sabía si lo había conseguido. Las alas mágicas tenían fecha de caducidad, así que la chica más guapa del mundo se vio obligada a aceptarlas sin detenerse a protestar, sin poder derramar más que una lágrima sobre el hombro del soñador antes de irse.

Y no la volvió a ver, aunque pasaron muchos años. Durante el Día, el soñador creía haber estado tan perdidamente enamorado como para seguirla hasta el fin del mundo, sin darse cuenta de que estaba tan loco por ella que incluso haría algo más: no seguirla. Dejarla ir, como a un pájaro, de su mundo lleno de polvo y arena, donde había llorado por primera vez y podría volver a llorar.

Al fin y al cabo, era el soñador. Y podía ser, o no, que la chica más guapa del mundo viniera de los sueños de otro soñador, pero daba igual: a partir de entonces, cada noche perteneció a los suyos. A la chica más guapa del mundo siempre le habían encantado sus historias.

Parecía lo correcto que ahora protagonizara hasta la última de ellas.